

Programa de Formación Permanente

2020 Profetas del Reino

5. No somos islas endiosadas.
Reflexiones sobre la pobreza desde
una perspectiva comunitaria





**NO SOMOS ISLAS ENDIOSADAS.
REFLEXIONES SOBRE LA POBREZA DESDE UNA
PERSPECTIVA COMUNITARIA**

Doy por supuestos estudios bíblicos y la teología de los votos, y no contemplo de modo expreso el pensamiento agustiniano, si bien no faltarán referencias puntuales a nuestro Padre. Solo me interesa reflexionar acerca de algunos aspectos que, por un lado, fundamentan la vida en pobreza y, por otro, nos animen a vivirla con sencillez en el día a día.

La reflexión parte de la experiencia personal, centrada en el contexto de la vida comunitaria. Me importa, sobre todo, el porqué y cómo vivir la pobreza de hecho, sin quedarnos en la inútil sensación de que ya “tenemos un voto de pobreza”, como si de por sí el voto fuera lo más importante.

MI PERSPECTIVA

Una perspectiva entre tantas que, por supuesto, da por válidas todas las demás. Mi propósito se centra en la pobreza por el reino, en el que Dios es la máxima riqueza.

Tal vez no sea necesario decirlo; no obstante, quiero recordarlo porque, sin esta perspectiva, mi reflexión carecería de sentido. Para no perderse en ambigüedades sobre la pobreza, hay que estar convencidos de que es un *ejercicio personal de amor* que, en línea vertical, nos sitúa con el corazón en el amor del Padre y, en línea horizontal, con la mano tendida hacia el hermano. Lo que realmente importa es el amor que, en parte y ante todo, se foguea en Dios y, en parte, se ha de expresar en el servicio a los demás. El religioso pobre, en realidad, es rico, ya que ha apostado

por su seguridad en Dios, que jamás falla (es fiel), e invierte todo lo que es y todo lo suyo en compartir con el hermano. A partir de esta decisión, la persona sabiamente “descentrada” de sí misma se siente liberada del peso del poseer, para vivir radical y apasionadamente libre, porque tiene en quien confiar (Dios), y porque invierte lo mejor de sí misma en quien al final testificará a su favor.

Si partimos de la hipótesis de que lo que tengo es la garantía de mi vida, vivir en pobreza se presenta como un absurdo. Sin embargo, resulta la certeza más reconfortante, cuando entendemos que lo que necesitamos no es “ser dueños y poseedores” de muchas cosas, sino sentirnos “poseídos” por quien de verdad nos ama, Dios. La pobreza apuesta vitalmente por el “ser”, a sabiendas de que el “tener” es un capricho infantil, que puede contentar temporalmente como un juguete que hemos de olvidar al entrar por la fe en la razón madura. El pobre sabe y vive la certeza de que nada hay como el amor del Padre. Por eso, relativiza todo lo demás. Casarse con la “hermana pobreza” es firmar una alianza definitiva con Dios. Todo lo demás, muy bueno sin duda, palidece y puede quedar en segundo plano. Solo Dios tiene calidad suficiente para ser el amor, la riqueza de mi vida.

“Amarás, pues, al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas” (*Dt 6, 5 y Mt 22, 37*). Lo específico de toda fuerza humana es el amor. El detalle de “con todas tus fuerzas” no pasa de ser una invitación a amar en serio, sin límites ni recortes, por tratarse de una respuesta generosa al amor con que nos ama el Padre. Los textos del Deuteronomio y de Mateo marcan la dirección, y centran la vida en Dios, a quien en definitiva busca el corazón, y el único en el que puede descansar sin fatiga ni sorpresas: “porque nos has hecho para ti, y nuestro corazón está inquieto hasta que descansa en ti” (*conf. 1, 1, 1*).

POBRES POR EL REINO

Al pobre no lo mueve un afán de renuncia o privación (dimensión que también cabe dentro de la vida de pobreza), sino la perspectiva de la plenitud y posesión. Es el reino lo que lo atrae y sacia; Dios, en definitiva. La pobreza *por el reino* señala la razón última que impulsa al corazón a estar siempre pendiente de Dios. El reino es el imán que atrae y mueve. Mas el hombre que desea vivir en pobreza no busca solo la propia seguridad en Dios, que llena su vacío, sino que, al mismo tiempo, toma conciencia de la misión que el Padre le ha confiado: compartir y cuidar de sus hermanos. Por una parte, se acerca a la fuente para pedir (porque se reconoce “realmente” pobre); y, por otra, está dispuesto a dedicar su vida y todo lo suyo al servicio de los otros (porque está decidido a “vivir en pobreza”).

Trabajar por el reino no es solo estar abierto a una perspectiva de futuro, sino la certeza de estar ya construyéndolo aquí y ahora. Por supuesto, lo construye el Padre, quien desea contar con nuestra pobre aportación, que se reduce a poner en común

lo que previamente hemos recibido de él. En el mejor de los casos, debemos reconocer con humildad que es don suyo, obra suya, lo que pasa por nuestro corazón y nuestras manos.

El auténtico pobre, que confía en Dios y se desvive (entrega su vida) por los hermanos, nunca experimentará la sensación de estar colgado sobre el vacío, de haberlo entregado todo para nada. Más bien disfrutará de la seguridad de estar firmemente respaldado por el amor poderoso del Padre. Comprenderá que lo verdaderamente importante es dejar las manos libres a Dios, que es quien realiza su obra y, por lo mismo, aquel no tiene motivos para inquietarse en un afán desmedido de solucionarlo todo. La pobreza vivida con la mirada y el corazón puestos en Dios sabe reconocer los límites de la propia capacidad, vive con pasión la entrega; al mismo tiempo, con humildad se pone al servicio de Dios en favor de los hermanos. El pobre es paciente, porque entiende la condición humana y los modos de actuar de Dios. En definitiva, el pobre sabe ocupar el puesto que le corresponde en el plan providente del Padre. Y lo lleva a cabo con coraje y humildad. El pobre siempre trasparenta a Dios, y Dios cuenta con la docilidad del pobre. Así poco a poco se va fraguando el reino.

FUNDAMENTO CRISTOLÓGICO

La motivación de *amor a Cristo* entra de tal modo a constituir el consejo evangélico de pobreza que, sin esta causa, vivir en pobreza sería un simple ejercicio ascético. Vivir en pobreza es expresión objetiva del amor personal a Cristo. La renuncia que esta forma de vida implica es algo secundario. Lo formal es la entrega personal, el amor; y lo material, la renuncia que inevitablemente lleva consigo.

Para el religioso, esa “dedicación absoluta al reino” (ET 3), convertida en estilo de vida y en norma de conducta, esa “donación de sí mismo que abarca la vida entera” (PC 1), ese “vivir únicamente para Dios” (PC 5), constituyen lo esencial de la consagración religiosa, y expresan ya de alguna manera su distinción con respecto a la consagración bautismal y al estilo propio de vida de un cristiano.

Plenitud y renuncia

La vida consagrada es una realidad con valor en sí misma, y no algo meramente funcional, útil para algo. No recibe su valor y su sentido último de lo que *hace*, sino de lo que *es* en sí misma; como la vida cristiana tampoco se define por un hacer, por una actividad específica, sino por su ser que brota del bautismo. Y ninguna palabra expresa mejor el ser y contenido de la vida cristiana y, sobre todo de la vida religiosa, que el término *consagración*.

En toda consagración es posible distinguir un doble aspecto: uno esencial y otro complementario. Por una parte, la *donación* o *entrega* a Dios y a su servicio; por

otra, la *renuncia* y *separación* de todo uso profano de la persona y objeto consagrado. No obstante, hemos de advertir que la separación y la renuncia no tienen sentido por sí mismas, sino que se ordenan intrínsecamente a la total dedicación a Dios. En la consagración, la entrega es lo absoluto; la renuncia, lo relativo.

Podría hablarse de una *cierta incompatibilidad de gozo o de sabores*; sin embargo, resaltemos que es la *sobreabundancia* de vida y de posesión-fruición del bien sumo lo que explica la renuncia de los bienes inferiores o finitos, renuncia que, desde otra perspectiva, siempre conlleva una tensión dolorosa y hasta un verdadero sufrimiento, lo que solemos llamar *mortificación*.

En el plano teológico, no es tanto “en la *perspectiva* del reino de los cielos” por lo que algunos se han hecho eunucos, según la fuerte metáfora de Cristo (cf. *Mt* 19,12), sino que “por causa” —auténtica y real posesión— de ese reino se opera en ellos la renuncia —desinterés, indiferencia, prescindir de— a las realidades de la vida presente —ofertas y posibilidades inmediatas—. Así entendida, la renuncia procede de una sobreabundancia de vida y de bien. No se trata de “quedarse vacíos, en blanco, *colgados en perspectiva de lo que llegará*, sino de estar motivados y seducidos por lo que *ya de hecho somos capaces de disfrutar, aunque sea solo en parte, en esperanza*.”

En el plano real-existencial, la integración o asimilación plena, la posesión y fruición de los “valores del reino” no se alcanzan desde el primer momento. Hay que contar con un proceso de aprendizaje, asimilación y entrenamiento, que puede durar mucho tiempo, años, tal vez toda la vida. De esta lucha, surge la tensión y el sufrimiento como compañeros inseparables del gozo de consagrarse a Dios.

Además, en el discernimiento de una vocación religiosa, es necesario comprender que la llamada de Dios contiene *la promesa* de algo mejor que lo que yo entrego. Esta promesa, por venir de Dios, llega con aval, tiene sentido y la hacemos real por la fe. Al proceder de Dios, es ya, ahora mismo, una forma de realidad con garantía, si bien nosotros, por nuestra condición peregrina, no la podemos disfrutar aún del todo, sino desde la fe, entre sombras y en esperanza. Con todo, eso no le quita realismo ni eficacia; simplemente pone a prueba nuestra fe y nuestra paciencia, que aquí vienen a ser lo mismo. Esto es fundamental para la teología de la renuncia. Expresándonos con rigor, tenemos que hablar más de opción a unos valores seguros y definitivos que de renuncia.

Ahora bien, nosotros nos encontramos ante una forma de vida —la consagrada— que, en su planteamiento existencial, parece estar construida sobre una triple negación. Hay un *no* referido al otro, castidad; un *no* con relación a los bienes del mundo creado, pobreza; y un *no* frente a la libertad personal, obediencia. De ahí

que el hombre sin fe y materialista relacione esta forma de vida más fácilmente con cierta patología que con la victoria de Jesús en el desierto o en la cruz.

TOQUE AGUSTINIANO

La consagración en la vida religiosa se basa en que *Cristo vale más que todo lo creado por él*, y esto no solamente en abstracto y en general, sino concretamente para mí. Esta garantía y convicción fundamenta el voto de pobreza. A este respecto, Agustín —adelantándose al reclamo publicitario de TV: “*Busque, compare y, si encuentra algo mejor, compre*”— escribe:

Pide lo que quieras. Con todo, *nada encontrarás más estimable, nada hallarás más excelente que el que hizo todas las cosas*. Pide al mismo que las hizo, y en él y por él tendrás todas las cosas que hizo. Todas son estimables, porque todas son hermosas, pero ¿qué cosa más hermosa que él? Son potentes, pero ¿qué cosa más potente que él? Él no quiere otra cosa que darse a sí mismo. *Si encuentras algo mejor, pídelo*. Sin embargo, si pides otra cosa, lo injurias y te perjudicas a ti mismo al anteponer a él lo que él hizo, puesto que desea dársete a sí mismo el que lo hizo (*en. Ps. 34 s. 1, 12*).

El mismo pensamiento lo completa predicando hacia el 410 sobre el significado del martirio:

Vosotros queréis saber qué reserva Dios de particular para los buenos, dado que otorga también beneficios a malos y buenos... En pocas palabras ha definido el profeta en qué consistirá nuestro galardón: ‘Yo seré su Dios, y ellos serán mi pueblo. Yo seré su Dios’ (Lev 26,12; 2Cor 6,16). Dios se nos ha prometido a sí mismo como galardón. *Busca a ver si encuentras algo mejor...* No pidáis ninguna otra cosa a Dios sino Dios mismo... No temáis la pobreza; se nos da él mismo, y nos basta (*s. 331, 4*).

Que mi peregrinación esté marcada por el hambre y sed de ti, para que me sacie de tu presencia. El mundo sonríe ante muchas cosas hermosas, resistentes y variadas; sin embargo, más hermoso es quien las hizo, más resistente, más resplandeciente, más suave. Me saciaré, cuando se manifieste tu gloria —Salmo 16,15— (*s. 158, 6-7*).

No llamamos a la puerta del Señor con piedras ni con picaportes ni con los puños ni a patadas. Es la vida la que llama; es a la vida a la que se abre. *Se pide, se busca, se llama con el corazón*; al corazón se le abre. Corazón que ha de ser piadoso, para que su petición, su búsqueda y su llamada sean adecuadas. La primera condición es amar a Dios gratuitamente; esta es la auténtica piedad: no busquemos otra recompensa fuera de él, aunque la esperemos de él. *Nada hay mejor que él* (*s. 91, 3*).

Todo, para concluir rotundamente que solo Dios es el gozo que andamos buscando:

Señor, ¡lejos de mí la idea de considerarme feliz con cualesquiera de los goces de que disfruto! Porque hay una clase de gozo que no se da a los pecadores, sino a quienes te sirven sin pedir nada a cambio. Tú mismo eres su gozo. La felicidad consiste en el gozo que viene de ti, que va a ti y que se motiva en ti. Esta es la felicidad, ni más ni menos. Y todos los que piensan que la felicidad es otra, es claro que el tipo de gozo que andan buscando es otro, no el gozo auténtico (*conf. 10, 22, 32*), porque nos has hecho para ti, y nuestro corazón está inquieto hasta que descansa en ti (*conf. 1, 1, 1*).

Y, comentando el salmo 76, escribe:

Muchos claman al Señor atendiendo a la consecución de las riquezas y a evitar los daños. Claman por la salud de los suyos, por la estabilidad de la casa, por la felicidad temporal, por la dignidad humana; en fin, por la misma salud temporal, que es el patrimonio de los pobres. Por estas y por otras cosas semejantes muchos claman al Señor, mas apenas clama alguno por el

mismo Señor. Es muy común al hombre desear cualquier cosa del Señor, y no desearlo a él mismo, como si pudiese ser más agradable lo que da que el mismo que lo da (*en. Ps. 76, 2*).

Esta doctrina la resume Juan Pablo II en una frase: “La pobreza manifiesta que Dios es la *única riqueza verdadera del hombre*” (*VC 21*).

¿DE QUÉ POBREZA HABLAMOS?

Hay una pobreza *sufrida* contra la propia voluntad (impuesta por las circunstancias o por la injusticia), a veces, inevitable.

Haya una pobreza *buscada y querida*, como decisión y actitud consciente y voluntaria: nadie me prohíbe y nadie me obliga a poseer bienes o a prescindir de ellos.

Y hay una pobreza “*real, constitutiva*”. Se mire como se mire, “realmente” somos pobres. La vida de que disfrutamos y de la que somos simplemente “administradores” la hemos recibido, y no disponemos de ningún documento que acredite “propiedad”. Esta vida está limitada por el tiempo y el espacio (aunque desconozcamos la fecha y el lugar); la recibimos con fecha de caducidad y, por su fragilidad, está expuesta a todo tipo de peligros. Aun en las mejores condiciones e hipótesis, nuestra vida va perdiendo fuerza día a día, hasta que, al final, inevitablemente se marchita. Lleva en su misma identidad el chip de la obsolescencia. Un sinfín de imponderables la acechan día y noche, como enemigos que no podemos controlar por mucho que lo deseemos e invirtamos en sistemas de seguridad. La vida es frágil, porque se desenvuelve en un mundo frágil: elementos *naturales* que se saltan la barrera de las leyes conocidas o que actúan por la fuerza de leyes físicas que desconocemos o que no controlamos, y elementos manejados por la *voluntad humana*, inconsistente en su capacidad de conocer, fluctuante y tornadiza en su componente sensorial y afectivo, y fácilmente manipulable en sus decisiones. La fragilidad de la persona y del mundo físico acecha sin cesar a esta vida temporal, que no se consuela con la etiqueta hipotética de ser hombres “ricos” ante la certeza de ser “pobres hombres o mujeres”, que no pueden decidir ni su origen ni su término.

Pobreza “vivida”

Se trata de una decisión tomada conscientemente, no impuesta. La persona no se define solo ni principalmente por lo que recibe, sino por lo que ama y decide ser, “porque cada uno es tal cual es su amor” (*Io. ep. tr. 2, 14*). Por supuesto, somos *receptores pasivos* de un programa de auténtica ingeniería y diseño exclusivo con marca de identidad registrada en el corazón del Padre: *hijos de Dios*. Nuestra vida es un *don* con capacidad de desarrollo inimaginable, que incluye la *tarea* de descubrir nuestra identidad y el compromiso de tomarse en serio la responsabilidad de pasar a ser *creadores activos*.

El paso desde la pobreza *real* y *constitutiva*, sobrevenida al margen de tu voluntad, a la pobreza *vivida* por amor, es tu tarea. De ti depende liberarte de miedos a lo que sientes como amenaza, para desplegar al máximo tus posibilidades, y llegar a ser recreador de tu propia historia, contando siempre con la mano benévola y poderosa del amor del Padre. En el ejercicio inteligente y responsable (que vienen a ser lo mismo, si los matiza el amor), alcanzarás la máxima riqueza, que inequívocamente te une a Dios, al tiempo que te desentiendes de espejismos de riquezas materiales, que ocupan lugar, congestionan el corazón, para seguir siendo pobre real, a pesar de todas las apariencias. El intento obsesivo de llenar con infinitas cosas finitas nuestro deseo de infinito no consigue sino excitar el deseo insaciable de poseer; es como un tic compulsivo que, más que llenar y calmar, abrumba y entumece el ánimo. El almacenar bienes no libera de la sensación de inseguridad por el miedo a perder lo que se posee; más bien recarga el espacio interior, en que ya no se puede respirar por el agobio de tantas cosas.

VIVENCIA DE LA POBREZA

No me propongo decir algo nuevo sobre el “concepto” de pobreza (realidad social, voto y virtud), sino acercar el zum a nuestra vida real, para descubrir los rasgos más sobresalientes que testimonian una vida en pobreza o, por el contrario, delatar un contentamiento insostenible de vivir en la comodidad, sin referencia a Dios y sin compromiso con el hermano. Podemos pasar la vida exhibiendo nuestra “tarjeta” de pobres, porque oficialmente la “profesamos”, mientras de hecho vivimos sin privaciones de ningún tipo, y —lo que es más preocupante— disponemos de nuestra vida como de un bien que nos pertenece y del que no reconocemos exigencias de servicio a los hermanos.

Para comprender el sentido y las exigencias de la vida en pobreza, es imprescindible superar una visión intimista o subjetiva, como si la pobreza dependiera fundamentalmente de lo que se tiene y se puede manipular como un objeto. La vida en pobreza no la podemos definir por referencia a cosas u objetos materiales que, poseídos, embotan el corazón, y de los que, renunciando a ellos, nos sentimos liberados. Lo material no puede definir el valor de la persona.

Somos personas referidas a Dios y los hermanos

La mirada y referencia a Dios y a los hermanos están en la base de toda construcción de la persona; y, cuando falta esa dimensión, la ignoramos o rompemos, todos los demás intentos de construir algo estable y con sentido son inútiles, no sirven para nada, se quiebran por sí mismos. Se es pobre o no se es en referencia a Dios. Y se es pobre o no se es en el contexto humano, si el hermano está o no presente en tu mirada y en tu querer.

O sea, al margen de Dios, todo es pobreza “real”, aunque dispongas de abundancia de bienes. “Tú te crees rico; y, si no tienes a Dios, ¿qué tienes? El otro parece pobre; y, si tiene a Dios, ¿qué le falta?” (s. 78, 2). “¿Qué tiene el rico, si no tiene a Dios? Y ¿qué no tiene el pobre, si tiene a Dios?” (s. 85, 3). Si en tu vida tu hermano no ocupa un lugar preferente, no vives realmente la pobreza, porque tu vida no es tuya, sino “de” y “para” servir a tu hermano.

Mi vida no es una realidad desconectada de Dios y del prójimo. Si no está conectada a Dios, muere, aunque aparentemente siga biológicamente viva. Y, si no está atenta al bien del hermano, carece de sentido, se marchita y terminas siendo su asesino, al menos por omisión: “¿Dónde está Abel, tu hermano?” (*Gen 4, 9*).

No disponemos de energía propia para mantenernos en pie y sacar adelante la tarea. Lo malo es que intentamos suplir esta deficiencia básica acumulando cosas que, en su conjunto, nos pueden dar la sensación de seguridad. Y, de hecho, en algún aspecto, satisfacen necesidades inmediatas. Hasta ahí estamos en lo cierto. Todos los bienes están a nuestro servicio: “Todo es vuestro, vosotros de Cristo y Cristo de Dios” (1Cor 3, 23). Mas tu vida no acaba ahí. El sentido de tu vida depende de que en todo momento tengas claro que, sin Dios, no hay garantía para el día de mañana. Por mucho que te afanes, no puedes ni siquiera garantizar una hora más a tu vida. Por eso, para ti, vivir en pobreza significa poner tu vida en manos de Dios, es decir, *vivir confiando en él* en todo y para todo, sin límites, y no en tus cosas, en tus reservas acumuladas. Si tu vida no refleja esa *confianza en Dios*, no vives la pobreza, te apoyas en ti mismo y en las cosas que posees. Tu corazón no descansa en Dios, el único que ofrece garantía, sino en “tus” cosas, que son escurridizas y se te escapan de las manos. Ten en cuenta, incluso, que “tus” cosas son en realidad “cosas de Dios”, a quien quieras o no devolverás un día.

Mi hermano define, en parte, mi identidad

No has alcanzado la edad adulta, si careces de sensibilidad hacia el hermano. Es el otro *sensor vital* con que se mide mi autenticidad. Si mi interés por la vida termina en mí, mi capacidad de donación y, en definitiva, de fecundidad, es nula. Estoy atrapado en un torbellino de egoísmo que lo arrasa todo y me aniquila poco a poco, bajo pretexto de autoafirmación. En vez de crecer y madurar, mi vida se marchita.

Esa actitud egocentrista me distancia de Dios, que es donación generadora de vida, y se desentiende del hermano que, para mí, es como si no existiera. Cada gesto de desencuentro con Dios y con el hermano es un golpe contra mí mismo. La falta de perspectiva altruista en la gestión de mi vida es expresión clara de egoísmo, que enciende la alarma de la intoxicación: la vida muere encerrada en sí misma. Ha perdido la capacidad de renovarse en el encuentro necesario con quien es “Padre de la vida”, Dios, y en el compartir lo que se tiene con quienes caminan a tu lado, los hermanos.

En esta profundidad del ser abierto a la trascendencia (Dios) y al encuentro e intercambio con los hermanos, se fundamenta el sentido de pobreza, que emerge poderoso frente a la tentación sorda e impenitente del cuidado obsesivo de sí mismo, donde solo cabe el egoísmo. Lo que urge revisar permanentemente es este punto de partida y la dirección en que nos movemos. Más importante que *lo que hacemos* es tomar conciencia de *por qué lo hacemos*. Al final, los actos brotan, casi sin darnos cuenta, de las razones profundas con que hemos modelado nuestro corazón. Son los criterios arraigados los que guían nuestro querer y nos llevan a sentirnos solidarios. Aunque lo más visible sea aquello que hacemos (o no hacemos por omisión), la fuerza está en lo que amamos y queremos, que es lo que realmente nos mueve. Mi amor es mi peso, mi identidad; y ese amor es el que me mueve y lleva, como certeramente sentenció Agustín: “Mi amor es mi peso, él me lleva adonde soy llevado” (*conf.* 13, 9, 10).

Nos podemos perder en el intento de hacer “casuística”, anotando cada día los gestos de pobreza con que decoramos nuestra fachada externa, para ser bien vistos. Lo realmente importante no se ve, pero sustenta lo que se ve. Si el corazón siente la presencia de hermanos a su lado y consiente con quien lo necesita, siempre encontrará la forma de ponerse a su servicio, aunque tenga que olvidarse de sí mismo. Para salir a socorrer no necesitará que le griten pidiendo auxilio, pues en su corazón ya habrá saltado la alarma. Sintiendo al otro como parte de sí mismo, detectará por simbiosis presencias necesitadas, que reclaman su intervención. No hace falta considerarse superhombre ni ser muy rico, para salir al encuentro; basta con que te funcione el “sentido de cuerpo”. Entonces estarás abierto a vivir en clave de pobreza, o sea, de servicio.

LA POBREZA EN SU CONTEXTO

La vida en pobreza solo se comprende desde la vivencia de la plenitud en Dios y el ejemplo de Cristo que, siendo rico, se hizo pobre para rescatarnos de la miseria del pecado y llevarnos al Padre (cf. *2Cor* 8, 9). Nuestra respuesta a su ejemplo e invitación trata de romper el cerco con que nos atraen y seducen los bienes materiales.

Más difícil todavía resulta liberarse del apego con que nos sentimos atados a nosotros mismos: esquemas, criterios, afectos, sensibilidades... No encontraremos sentido a la renuncia, sino desde la contundencia de lo ya adquirido; o sea, nadie está dispuesto a dejar una seguridad si no es a cambio de otra más solvente. Por eso, es tan importante vivir fruitivamente la experiencia del encuentro en Dios, único bien capaz de llenar el corazón humano.

No es fácil que alguien, por simple razonamiento humano, se decida a cambiar su confortable estado de riqueza por una oferta aparentemente tan poco atractiva

como la pobreza, a no ser que descubra el plus avasallador de una presencia que lo seduce y enamora. Dios es el único que se reserva ese poder inigualable; de ahí que se atreva a penetrar en tu zona reservada, dispuesto a desmontar los ídolos que ocupan tu corazón.

Considerada en su sentido más profundo, la vida en pobreza es la afirmación más solemne de plenitud, abundancia y seguridad, so capa de pequeñez y carencia de medios materiales. En el pobre de verdad se revela la primacía y valor sobreañadido de lo que no se ve sobre lo que se ve. El corazón del pobre ha decidido asentarse sobre la base segura de quien realmente lo sustenta y llena, dejando en el camino todos los reclamos que vocean ofertas incontables que prometen lo que saben no pueden cumplir. El pobre en realidad no renuncia, sino que juega la baza segura del ganador, y apuesta por él con todas sus fuerzas.

No resulta fácil explicar si, sosegado y libre por haber descubierto el tesoro de un Dios personal que lo sacia, el pobre ya no necesita entretenerse entre las cosas, o si, por el contrario, el proceso parte de un análisis minucioso sobre la inconsistencia de todo lo material y transitorio, para, al final, descansar en Dios. Tal vez el relato de Agustín nos dé una pista:

Tú, suavidad verdadera y suprema, las desterrabas lejos de mí y entrabas en lugar de ellas... Mi espíritu estaba ya libre de las angustias inquietantes que entraña la ambición, el dinero, el revolcarse y rascarse la sarna de las pasiones. Y platicaba contigo, Señor Dios mío, claridad mía, mi riqueza y mi salvación (*conf.* 9, 1, 1).

¿CÓMO VIVIR LA POBREZA?

La persona que vive de Dios y para Dios y que, por lo mismo, está abierta a sus hermanos ve el mundo y sus cosas desde una atalaya privilegiada, sin los riesgos de una visión mediatizada por las propias sombras subjetivas y por los reclamos impertinentes que se ofertan como la única verdad. Pero, si queremos construir el reino ya en este mundo y ahora, hemos de bajar al ruedo. La virtud de la pobreza es un ejercicio de alto riesgo que, para superarlo, ha de contar con un corazón bien compensado, centrado y liberado. No basta con tener las ideas claras, ni con haber profesado solemnemente en pobreza, ni con algunos recortes puntuales que tranquilicen la conciencia. Una pobreza por entregas, a plazos o con espacios e intereses reservados no ayuda a calmar el apetito de poseer y disponer, más bien crea una burbuja poco iluminada en la que ni descansa el corazón, ni crece la alegría de haberlo asegurado todo en las manos poderosas del Padre.

Hay un protocolo teórico que se puede resumir en pocas frases:

1. Confianza en la providencia del Padre, que nos dará lo necesario.
2. Entera dedicación del afecto y de la vida a los bienes del reino.

3. Empleo de los bienes de este mundo en una completa funcionalidad respecto a las necesidades y exigencias de la vida de fe.
4. Desprendimiento universal afectivo y efectivo, para poder ejercer libremente la caridad.

Ante este programa tan exigente, es casi inevitable el *conflicto vital*. Los sentidos reclaman bienes consistentes, sabrosos e inmediatos. Y a cambio se les ofrece un Dios que no tiene sabor, que es espíritu, que no se ve y que contenta raras veces. De ahí, la impresión de *ser robados* y el temor a carecer de alguna cosa, el pánico ante la inseguridad. Hemos de activar, no como emergencia, sino como motor primario, la visión de fe. Sin esa luz no entenderemos nada.

Vamos a intentar un aterrizaje lo más ajustado a la vida real, para ver en qué formas tan variadas somos capaces de testimoniar pobreza ante un mundo que aspira a nadar en abundancia, aunque sin Dios.

1. El *ideal comunitario de pobreza* se puede resumir en “anteponer las cosas comunes a las propias, no las propias a las comunes” (*Regla* 5, 2). Nada extraño, que la pobreza sea una respuesta de amor, que se centra en Dios y apuesta por los hermanos. Después de haber colocado a Dios en el centro, como único referente incontestable (“Ante todo, queridos hermanos, amemos a Dios”, *Regla*), el pobre tiene que dirigir su mirada a los hermanos (“también al prójimo”, *Regla*), destinatarios y beneficiarios de su entrega. La pobreza no es una estrategia, sino el *ordo amoris* que reserva a Dios el centro, sin descuidar la atención al hermano.

Los preceptos son dos, pero en realidad no es más que uno, que se expresa en formas y direcciones distintas. La fuerza es el amor; los destinatarios, Dios y el prójimo. Quien ama de verdad no hace distinciones.

Pues mira, cuando amas a los miembros de Cristo, amas a Cristo... amas también al Padre. El amor es indivisible. Elige uno de estos tres amores; te siguen los otros amores... Supongamos que dices: ‘Amo al Padre y al Hijo, pero esto solo... solo amo esto’. Mientes, si amas a la cabeza, amas también a los miembros; y, si no amas a los miembros, tampoco amas a la cabeza (*Io. ep. tr. 10, 3*).

Dios es el primero, mas al hombre lo sentimos más cercano y lo vemos más fácilmente. El amor a este limpia nuestros ojos y nuestro corazón para ver también a Dios:

El amor a Dios es lo primero que se manda, y el amor al prójimo es lo primero que se ha de practicar... Mas tú, que todavía no ves a Dios, amando al prójimo te harás merecedor de verle a él. El amor del prójimo limpia los ojos para ver a Dios (*Io. ev. tr. 17, 8*).

La comunidad es el taller donde, libremente y de manera expresa, cada uno se pone al servicio de los demás y de los proyectos asumidos entre todos. Ahí es donde realmente el religioso aplica todas sus fuerzas al servicio del reino, y define las preferencias del amor: Dios y los hermanos. Este amor ordenado invierte todo lo

suyo en el servicio a los hermanos. Esta forma de pobreza crea comunidades abiertas, dialogantes y comunicativas, porque en ellas todo es común.

2. La pobreza, desde la perspectiva de la *voluntad*, se funde en parte con el voto de *obediencia*. Hay en nosotros un oculto afecto desordenado de brillar, sobresalir y convertirnos en centro. Entregar libremente la voluntad propia, para insertarla plenamente en el querer de Dios y en el *proyecto de vida y misión de la comunidad*, supone madurez humana y una visión de fe purificada. Aquí se abre un campo muy amplio de intercambio y comunicación, que solo es posible desde la sencillez, transparencia y humildad, cualidades que hacen más fácil la donación. Nadie es propietario de la verdad en exclusiva, y todos necesitamos de los demás para hacer juntos el camino.

El *diálogo*, con el que se construye y expresa la comunidad, es un ejercicio de pobreza y humildad a la vez, sin olvidar que Pablo VI lo catalogó incluso como “el nuevo nombre de la caridad” (*ES III*, 26). El religioso humilde, que agradecido reconoce sus dones como don de Dios, está dispuesto a compartir sus conocimientos y experiencia con los otros en un intercambio generoso que lo lleva a poner en común lo aprendido y vivido. Esta forma de pobreza enriquece a los hermanos sin empobrecer a quien más da.

“Es posible —señala el papa Francisco— que (del diálogo) de mi pensamiento y del pensamiento del otro pueda surgir una nueva síntesis que nos enriquezca a los dos” (*AL* 139). La pobreza como apertura y diálogo es un signo evidente de fecundidad, que por otra parte impide se corrompa dentro de uno mismo lo que no se entrega.

3. La pobreza más honda es la de la *afectividad*, la pobreza del corazón, que nos hace encontrarnos con el voto de *virginidad consagrada*. Instintivamente buscamos amigos, protección, asideros y seguridad en las personas. Nuestra mayor riqueza es el amor, que se expresa con la cercanía, la escucha, la atención, el afecto y la entrega. En el encuentro con la persona amada, descansamos y vivimos gozosamente la convivencia. Buscar para sí solo lo que no se está dispuesto a dar es muestra de egoísmo, que nos hace incompatibles para la vida en comunidad.

El corazón despierto detecta fácilmente las carencias, debilidades, expectativas y la situación de fragilidad por la que pasa quien está a su lado. En su “riqueza”, rompiendo el cerco de la insensibilidad y la pereza, saldrá de sí mismo para ponerse al lado del hermano. Su presencia no tiene por qué ser una respuesta a todas las preguntas, ni la solución a todos los problemas. Sin embargo, al menos se ha puesto a su lado en un gesto de compartir lo suyo con quien en este momento lo necesita.

El encuentro humano, como signo de amor, ha de ser comprensible y debe tener en cuenta las características y la situación por las que pasa el hermano. En un gesto

de humildad incomprensible, el mismo Dios se hace presente en carne humana, para poder sentir y expresarse como nosotros.

El hacedor del hombre se hizo hombre, de forma que toma el pecho quien gobierna los astros, siente hambre el pan, sed la fuente, duerme la luz, el camino se fatiga en la marcha, la verdad es acusada, el juez juzgado, la justicia condenada, la fortaleza debilitada, la salud herida, la vida muere (s. 191, 1, 1).

Por eso, el amor en esta etapa de peregrinación tiene rostro humano. Si Dios no tuvo a menos encarnarse (gesto supremo de pobreza y entrega), no nos avergoncemos de expresar nuestro amor al prójimo con afecto y amabilidad.

Sin palabras o gestos no podemos expresar lo que llevamos dentro. Asimismo, toda ayuda, para ser real y no quedarse en mero deseo infecundo, ha de tener en cuenta las características del receptor; y las personas somos de carne y hueso, sensibles, emocionables; necesitamos sentir que quien está a nuestro lado nos quiere y se interesa por nosotros.

Hemos de estar atentos para luchar contra la acepción de personas. En nuestro corazón no hay compartimentos estancos, ni nos movemos por lo que esperamos recibir en nuestra entrega. Amamos y servimos liberados de todo interés. Salimos de nosotros mismos para dar (ese es el gesto neto de pobreza), no para recibir. No buscamos nada para agregar a lo que ya tenemos; salimos al encuentro del hermano, para buscar juntos, para celebrar juntos, para vivir juntos la amistad y el amor del Padre.

La riqueza de nuestra vida en Dios, don suyo, es nuestra oferta, que compartimos dentro y fuera de la comunidad. A veces, incomprensiblemente, regateamos a los hermanos de comunidad lo que derrochamos con los de fuera. Somos muy generosos, regalamos nuestro afecto, simpatía, palabras, atención y tiempo sin límite en el servicio pastoral y en nuestras relaciones externas; en cambio, somos tacaños con los hermanos próximos: nos mantenemos distantes, fríos, calculando cada palabra o gesto, y nos contentamos con relaciones “puramente gerenciales”. Este comportamiento delata una extraña forma de pobreza afectiva; da la sensación de que no servimos con amor desinteresado, sino que nos servimos de nuestra posición privilegiada para recibir compensaciones afectivas. Eso no es vivir con desapego la pobreza.

4. La pobreza del *trabajo*. Dejando a un lado la discusión sobre si el trabajo es un castigo o una bendición, lo cierto es que en ocasiones nos sentimos bien trabajando y, a veces, el trabajo nos parece una carga insoportable. Al margen de estudios exegéticos, siempre me ha llamado la atención el diálogo de la gente con Jesús:

‘¿Y qué tenemos que hacer, para realizar las obras de Dios?’. Respondió Jesús: ‘La obra de Dios es esta: que *creáis* en el que él ha enviado’ (Jn 6, 28-29).

Parece que la obra más importante que se nos ha confiado no es precisamente un trabajo físico, que exija un esfuerzo o desgaste corporal; tampoco, una tarea intelectual. Jesús señala la *fe*: que *creamos* en él y en su Padre. Con este enfoque, nos evitamos el agobio de estar pensando siempre qué hacer, como si nuestra tarea humana fuera más importante que nuestro ser hijos de Dios. Visto desde esa perspectiva, debemos sentirnos ricos por ser hijos de Dios, en quien depositamos todo nuestro afán. Mas, al mismo tiempo, nos sentimos responsables de la vida y suerte de nuestros hermanos que tal vez aún no han conocido a Dios, o sufren por lo que les falta: comida, vestido, hogar, trabajo, salud, compañía.

Nuestra riqueza, que ante todo es Dios, poseído por la fe, nos invita (más bien nos obliga) a hacernos cargo, es decir, a cargar con nuestros hermanos —“Nosotros, los fuertes, debemos sobrellevar las flaquezas de los débiles, y no buscar la satisfacción propia” (*Rom 15, 1*)—. En este plano espiritual, material y social, la práctica de pobreza es ilimitada y no queda reducida a la simple jornada laboral, ni circunscrita al momento en que Pablo escribe a los tesalonicenses: “Si alguno no quiere trabajar, que no coma..., que trabaje con sosiego para comer su propio pan” (*2Tes 3, 10. 12*).

La vida no es una pieza de museo, expuesta para ser contemplada como objeto muy valioso; es una fuerza que, en depósito, hemos recibido de Dios para administrarla y servirla gratuitamente. Retenerla o consumirla sin compartirla es defraudar al Padre, y un robo a los hermanos. La tarea de servirla con agrado en formas diversas es nuestro trabajo, para el que nos son absolutamente imprescindibles los sentidos, las manos, los pies, la voz, que actúan como medios útiles.

No vamos a caer en el detalle de medir el tiempo que hemos de dedicar a Dios y a los hermanos, y el que podemos reservar para nosotros a lo largo de la jornada, en la semana o al mes. El valor de la persona o lo que hace no se mide cuantitativamente. Conviene, sin embargo, que valoremos con qué intensidad amamos a Dios y a los hermanos, y hasta qué punto estamos dispuestos a poner la propia vida y todo lo nuestro al servicio de Dios y de los hermanos. Este test espiritual y humano nos permitirá descubrir si nuestra vida es testimonio de pobreza y, según el resultado, sabremos en qué nos conviene modificar nuestras costumbres.

Por vía de ejemplo, ahí va una muestra, en la que no se atiende directamente al tiempo de trabajo, sino a la actitud y disponibilidad de la persona:

- ¿Cuánto tiempo reservo para estar, escuchar, compartir y disfrutar con los hermanos?

- ¿Cuántas horas al día dedico a pasar el tiempo pasivamente, como huésped no invitado, ante el televisor o entretenido en los medios (ordenador, móvil, periódico), sin una justificación?

- ¿Cómo atiendo mi formación? Lectura de libros, artículos, o participación en cursos, charlas, conferencias.

- ¿Estoy contento de la calidad de mis encuentros con Dios, o detecto rutina, desinterés o descuido?

La respuesta negativa hará saltar las alarmas, y te advertirá de una descompensación vital. Debes tener claro que, si no estás bien conectado a Dios ni sintonizas cordialmente con los hermanos, es porque tu corazón está débil o atrapado por otras ocupaciones secundarias. En esas condiciones, no puedes dar lo que los otros tienen derecho a esperar y a recibir de ti. Aunque te hayas esforzado en trabajar, en realidad no has invertido bien tu tiempo y tu energía. La obra que Dios quiere de ti es que creas en él, y te ocupes de tus hermanos.

5. Otros testimonios de pobreza. Por tratarse de una realidad vidriosa y escurridiza, que busca cómo difuminarse sin llegar al compromiso real, voy a señalar algunos frentes en los que se da o no testimonio de pobreza.

- Vive como pobre el que está desapegado del *mundo sensorial*, parcial y contagioso, que nos ata al placer del uso y saboreo de las cosas. El amplio campo del gusto en lo que comemos y bebemos pone a prueba nuestro desapego, y nos pide “vivir la sobriedad, porque es mejor necesitar poco que tener mucho” (*Regla 3, 5*). Frugalidad y sobriedad.

- Nuestro Padre se detiene en otros detalles sobre la salud y el alimento, comenzando con una afirmación muy exigente en la que el criterio es la salud: “Someted vuestro cuerpo con ayunos y abstinencia de comida y bebida cuanto lo permita la salud” (*Regla 3, 1*).

- Resulta muy ingeniosa la conexión que nuestro Padre hace de la pobreza con la *inteligencia*, al predicar sobre “no llevéis bolsa en el camino”. “¿Qué significa *no llevéis bolsa*? No seáis sabios para vosotros solos. Recibe el Espíritu. En ti debe existir una fuente, nunca un depósito (*fons, non sacculus*), de donde se pueda dar algo, no donde se acumule” (*s. 101, 6*). Esta advertencia es un toque de atención para quienes han recibido mucho para darlo, no para beneficio personal. Y ¿qué tienes que no hayas recibido? (cf. *1Cor 4, 7; s. 160, 1*).

- Somos pobres, pero no desahuciados. Muy oportunas son las reflexiones de san Agustín sobre la condición humana que, con ser muy deficitaria, siempre encuentra respuesta en Dios. Débiles y frágiles, pero con el recurso de la llamada a la puerta del corazón del Padre, más dispuesto a dar que nosotros a recibir. Por lo tanto, “mendiguemos orando ante su puerta, pues él da alimento a los pobres” (*en Ps. 145, 17*). “Como un vaso he traído mi alma a la fuente: lléname, pues, porque he levantado mi alma hasta ti” (*en. Ps. 142, 15*).

- Pobreza y humildad. Para que muevan el corazón del rico deben ir juntas. La humildad es como la llave del motor de arranque con la que el pobre enciende el

corazón del rico. La exigencia del pobre invalida el título de pobreza con el que tiene derecho a ser escuchado y atendido. “Tú —explica Agustín— sé únicamente *piadoso* cobrador; y, aunque pequeño y débil, exige la misericordia” (*en. Ps. 39, 2*). Pero con piedad, con humildad, con confianza.

EN RESUMEN

Somos una mutua, una comunidad de buscadores de Dios y prestadores de servicios a los hermanos. Todo lo que somos y tenemos lo hemos recibido de Dios en préstamo. No nos mueve el afán de poseer ni de enriquecernos. Hemos decidido vivir en pobreza por amor, porque nos sentimos parte del único cuerpo del Cristo peregrino. No nos pesa la renuncia a los bienes materiales por la sobreabundancia que supone el vivir seguros y protegidos por el amor del Padre y la ayuda de los hermanos.

Como ejercicio de pobreza, todo cuanto somos y tenemos lo ponemos a disposición de los demás: la vida, los bienes, la inteligencia, la alegría, la ternura, el amor y todos los dones recibidos. Estamos dispuestos a vivir este proyecto de corazón, sin recortes y sin pasar factura.

FR. PEDRO MERINO CAMPROVÍN, OAR
Monasterio de Yuso
San Millán de la Cogolla (España)



ORDEN DE AGUSTINOS RECOLETOS
INSTITUTO DE ESPIRITUALIDAD E HISTORIA